



# TRABAJO EN EQUIPO



Una mañana templada,  
se oyó un ruido misterioso:  
el caminar silencioso  
de una figura taimada.

Era todo el camuflaje  
para no ser descubierta  
y dejar la puerta abierta  
para continuar el viaje.

La Calaca, cautelosa,  
siguió por la planta baja  
y preparó la mortaja  
cual si fuera la gran cosa.

Buscó la Defensoría  
entre pasillos y salas.  
Al fin desplegó las alas  
frente a la cafetería.

“Vengo a poner una queja”  
-dijo con solemnidad-  
“pues ya no hay tranquilidad  
en esta vida compleja”.

Carmen Llaguno, eficiente  
pidió nombre y procedencia:  
“Su credencial o licencia  
para saber que no miente”.

“Conmigo no hay requisitos  
De documentos falaces.  
Soy experta en los disfraces  
Y los momentos finitos”.

“Yo sé que eres apreciable  
y cuidas mucho a la gente.  
Pero lo que tengo en mente  
es un mandato implacable”.

Con esas fuertes palabras  
llamó toda la atención.  
Y acudieron en legión  
nuevas sonrisas macabras.

“¿Dónde estás, doctor Sotelo?”,  
preguntó con voz profunda.  
“No quiero ser iracunda  
ni que me tomes el pelo”.

“No hay justicia alternativa  
ni solución de conflictos.  
Notifico por edictos  
y me voy como una diva”.

Detrás del mismo escritorio,  
miró a la doctora Alicia,  
sin un dejo de malicia  
ni pensamiento mortuorio.

“¿Hablas de salud mental?”,  
preguntó con mal talante,  
“pues lo que te tienes delante  
es un glorioso final”.

Defensor y defensora  
de los espacios adjuntos  
viven ya con los difuntos...  
y no en el aquí y ahora.

Siguió a la secretaria  
Y vio a la doctora Flores,  
mostrando ya los rubores  
de una creciente Mía.

“Lamento decir, Patricia,  
que, si tengo alguna duda,  
prefiero siempre ser ruda  
aun si es mala noticia”.

Con ese claro criterio  
ya concluido su embarazo,  
hizo con firmeza el trazo  
que la mandó al cementerio.

Con Nicolás y con Isis,  
hermanos de fantasía,  
cortó pronto la alegría  
y los colocó en la crisis.

La que hacía las minutas,  
no alcanzó a ver la guadaña.  
“Conmigo no hay mala maña;  
por favor no me discutas”.

Era el turno de Barreto,  
que, con voz fina y pausada,  
quiso cambiar de morada  
y fugarse de este gueto.

“No intentes trucos gastados  
ni explicaciones vacías”.  
Y enseñando las encías,  
le destrozó los costados.

Entonces vio a Marianela  
revisando un expediente.  
“Mira que tú tienes mente  
para andar en pasarela”.

“Vi la jornada inclusiva  
con tanta gente diversa.  
Aquí siempre se conversa  
con esa mirada activa”.

Ariadna quiso escapar  
y fue corriendo a su coche,  
destruyendo, a troche y moche,  
lo que encontraba al pasar.

La Calavera, sonriente,  
la alcanzó en cuatro segundos  
“Te llevo a mis otros mundos  
sólo por ser tan valiente”.

La titular, afligida,  
contemplaba con asombro  
que sólo quedaba escombros  
de lo que fuera su vida.

Quiso ganar la confianza  
de esa figura enlutada,  
pero se quedó atrapada  
y no le fijaron fianza.

Esos fueron los despojos  
del equipo en su sesión.  
No quedó ni una canción  
que brillara por los ojos.

La Calaca, satisfecha,  
se colocaba los guantes  
para cruzar, cuanto antes,  
esa puerta tan maltrecha.

No era tan fácil salir.  
La puerta estaba atorada.  
Y buscó, desesperada,  
Un hueco por dónde huir.

Recorrió así la oficina  
En busca de una ventana  
¡Vaya práctica malsana  
Ya tan sólo pido esquina!”

No es una cosa sencilla  
el encierro tan brutal.  
Hasta la Dama Letal  
se fundió, cual mantequilla.

Dicen que en el cementerio  
se volvieron a reunir.  
Y acaban de discutir  
un renovado criterio.

Mientras tanto el personal  
de la Metropolitana,  
feminista y soberana,  
sale ya del funeral.

Por la Dra. Marta Walkyria Torres Falcón

